

En los niños a partir de los 12 y hasta los 36 meses se producen muchos cambios madurativos, algunos de ellos son biológicos y otros psicosociales. A esta edad comienza el proceso de socialización, aprenden a relacionarse con otros y a participar en los grupos, pero a veces no poseen un lenguaje desarrollado ni tienen habilidades suficientes para comunicarse. Tengamos en cuenta que las primeras palabras con intención comunicativa aparecen entre los 12 y 24 meses. La conducta de morder, pegar, o empujar aparece entonces como medio para conseguir un juguete, expresar distintas emociones: enfado, disgusto, rechazo e incluso alegría.

En estos casos, en los que aún no observamos el uso generalizado del habla, la conducta agresiva suele mitigarse cuando empiezan a aprender habilidades de comunicación y esto les permite manifestar lo que desean.

También pueden mostrar este tipo de comportamientos si se ven incapaces de enfrentarse a una situación, casi siempre de carácter grupal, hasta que aprenden a jugar en paralelo respetando el espacio de los otros, es posible que respondan a las demandas de los demás pegando o mordiendo. A esta edad, delimitan muy bien su terreno y son muy egocéntricos, pasando por situaciones que pueden ser relativamente frustrantes para ellos como querer el mismo juguete, lanzarse por el tobogán en el mismo momento etc. Esta sensación de impotencia puede que solo encuentre salida a través de la agresión.

Además, puede que utilicen la conducta agresiva para expresar estrés emocional ante situaciones novedosas o cambios en su entorno: nacimiento de un hermano, entrada en la escuela infantil etc.

LO QUE DEBEMOS HACER SIEMPRE

Responder a la conducta. Por mucho que sea una etapa que acabará pasando debemos saber manejar esas situaciones y dar una alternativa de respuesta a nuestro bebé asociando siempre consecuencias negativas a esa conducta. Lo más adecuado es retirarle de la situación placentera o de juego donde se encuentra, e incluso es aconsejable que tenga que realizar alguna conducta reparadora con la persona agredida: ayudar a curar, dar un beso, pedir disculpas etc.

Supervisar de cerca el juego. Hay que poner atención a lo que sucede en el juego para poder intervenir antes de que los niños estén fuera de control. Si se organizan los tiempos y las formas de juego se pueden disminuir las circunstancias en las que se desencadena la agresión.

Reforzar conductas adecuadas. Siempre que interactúe con otros niños sin mostrar conductas agresivas, debemos hacérselo saber a través de comentarios positivos, diciéndole lo bien que está compartiendo y jugando con sus amiguitos. En estos momentos no hay que hacer ninguna referencia a su conducta pasada.

LO QUE NUNCA DEBEMOS HACER

Nunca debemos responder con la misma acción: Morder a un niño que muerde o pegar a un niño que pega es un gran error. Cuando son muy pequeños no pueden establecer la relación entre el dolor que sienten con el que causan cuando agreden a los demás.

Los adultos somos modelos a seguir por los niños y corremos el riesgo de enseñarles que la conducta agresiva es aceptable en determinadas ocasiones, sobre todo, para resolver problemas. Si somos agresivos cuando estamos enfadados, enseñamos a nuestros hijos a ser agresivos cuando están enfadados.

Si jugamos con nuestros hijos a juegos de pegar o morder, luchamos o somos leones, por ejemplo, nuestros hijos reproducirán el mismo patrón de relación con sus compañeros. Debemos ser conscientes de ello y cuidadosos en el juego con nuestros hijos.

Tampoco debemos usar la ridiculización, la humillación o los castigos para erradicar ese comportamiento.

UNA EXCEPCIÓN

Existe la posibilidad de que un niño sea agresivo como un medio de comunicarse pero no con sus iguales, sino con los adultos que le cuidan, lo que conocemos como “llamar la atención”. Este es el único caso en el que la recomendación es ignorar la conducta agresiva del niño y solo dar atención cuando emite conductas adaptativas y positivas.

En el caso de que nuestro hijo pegue a otros niños como forma de llamar nuestra atención deberemos prestar nuestra atención preferentemente al niño o niña agredido, mantendremos al niño agresor apartado y sin atención por nuestra parte. El objetivo en este caso es minimizar la posibilidad de que la conducta agresiva quede reforzada a causa de una focalización de la atención del adulto en el niño que pega.

Veamos un ejemplo: “ Carlos de tres años está en el parque con su mejor amigo Juan, Carlos se acerca a Juan y sin provocación previa le tira del pelo, este último llora llamando la atención del papa de Carlos y de la mama de Juan que están charlando. Carlos mira a su padre esperando la “regañina” y el “azote”, en lugar de esto el papa se dirige al niño agredido consolándole e ignorando a su hijo que sigue mirándole a prudente distancia. Una vez que Juan se ha calmado, el papá de Carlos recoge los juguetes y se dirige a su hijo con las siguientes palabras: “nos vamos del parque, porque los niños que tiran del pelo no pueden estar en él”